

angustia existencial ante el tiempo, constante sobrecogedora a todo lo largo de este libro, en poemas como "La Fuente", "Muera", "¿No hay salida?"; los fondos, urgencias y búsquedas del lenguaje, esa metafísica desconcertante de la creación, en ese milagroso texto revelador de la validez humana de la poesía de Paz, que es "El Río"; la problemática social y la imprecación en "El Cántaro Roto", donde al mismo tiempo aparecen la trágica violencia y la soledad del paisaje y la historia mexicanos; y la endurecida, hiriente y al fin triunfante victoria del amor de la pareja humana que copula y se trasciende, sobre la muerte, las guerras y el exterminio, en el último poema "Piedra de Sol", inagotable y tempestuoso, lleno de múltiples símbolos y de una oscura corriente como la vida, cuya sola presencia en este libro basta para comunicarle definitiva jerarquía estética.

Pero el hombre que acepta su destino y su compromiso detrás de estos temas no es un ente puramente abstracto, sino un ser histórico y real, envuelto por la aventura de nuestro tiempo, en batalla obstinada por conquistar su verdad o su absoluto, una criatura terrestre y americana que atraviesa los enigmáticos paisajes de su país natal o las ciudades de otro mundo penetradas por el sombrío paso de las edades, pero cuya vivencia es una y semejante a la grandiosa vivencia universal de todo hombre. Un ser que existe y se reafirma por el símbolo y plenitud del amor, asistido por la gloria y potencia del cuerpo y los sentidos, como los seres que "se desnudaron y amaron —por defender nuestra porción eterna—, nuestra ración de tiempo y paraíso".

LEÓN FELIPE, *El ciervo*. Editorial Grijalbo. México, 1958. 131 pp.

Es fácil descubrir que la fuente de inspiración, el impulso que llevaba a León Felipe hacia el poema en la mayor parte de sus libros anteriores era la indignación, la ira. Sumergido en la realidad más inmediata, el poeta dejaba brotar libremente estos sentimientos y, aprovechando como nadie lo había hecho hasta entonces las posibilidades increpativas del español, elevaba la blasfemia, el grito hasta la poesía, insuflando a ésta todo el vigor de la desesperación de aquélla. Sin embargo, a pesar de esta indignación, o, mejor, por medio de ella, a través de ella, León Felipe parecía animado de un franco impulso teísta. Se quejaba, gritaba, pero ante alguien.

—Pero... ¿dónde está Dios... dónde está Dios?

En el pico de la oración...
Y en el rabo de la blasfemia.

Decía por ejemplo, en el epígrafe de *El poeta maldito*. (Antología Rota.)

Ahora en *El ciervo*, este su último libro de poemas, escrito "al fin de la jornada", para decirlo con sus mismas palabras, León Felipe renuncia a la ira y a la blasfemia, renuncia a la indignación para, viejo, triste, sabio, desolado, pero siempre sincero y generoso, conmovernos, sobrecogernos con un adolorido y terrible mensaje de escepticismo total. Al final del camino, el poeta no sólo desea la muerte, no sólo renuncia a todo, pide la destruc-

ción total, el regreso a la Nada. Ya no grita, interroga:

¿a qué se juega aquí?

.....
¿Para que sirve la fuerza tremenda del amor?

Y no espera respuesta, confía, sabe que ésta será tan sólo el silencio y en él cree, a él se entrega:

Todo es una prisión.
Y la nada también... La nada:
el Infinito encarcelado
en el cero vacío y absoluto...

Va más allá aún: lleva su desesperación hasta dudar, con temor, también de esta Nada y entonces la pide para sí:

Señor del Génesis y el Viento, te lo devuelvo todo:
la arcilla y el soplo que me diste...
Vuélveme al silencio y a la sombra,
al sueño sin retorno, a la Nada infinita...
No me despiertes más.

Dice en el último y desgarrador poema del libro.

El ciervo resulta así una especie de testamento, la confesión final, la palabra última de un hombre que ha buscado y se ha buscado, que se desespera y se queja por lo que ha encontrado y al final se resigna, pero sin olvidarse de consignar su dolor. Libro terriblemente sincero y por esto mismo también terriblemente sobrecogedor. *El ciervo* parte de un sentimiento muy personal, casi confesional, intimista, para trascender este ámbito y transmitir un mensaje común, universal, extraído de la suma de las experiencias de un hombre.

No debe ser otra la función de la poesía.

J. G. P.

BENITO PÉREZ GALDÓS, *Doña Perfecta*. Nuestros Clásicos. Imprenta Universitaria. México, 1958. 236 pp.

La inclusión de un título de Benito Pérez Galdós como sexto número de la colección Nuestros Clásicos, hoy que afortunadamente el nombre de este novelista vuelve a ser colocado junto a el de los más grandes autores que se han acercado a este género, después de un breve lapso de tiempo en el que fue relegado a un innmercido segundo término, parece totalmente acertada.



Como Balzac, como Dickens, Galdós pertenece sin lugar a dudas a la estirpe de los grandes inventores de realidad. Semillante al inagotable caudal de un río, su obra ofrece una imagen total, completa de la España del siglo XIX. Una tras otra las innumerables novelas de Galdós, a las que deben agregárseles los *Episodios Nacionales*, que en cierta forma las continúan y completan, nos sumergen en un mundo abigarrado y compacto, sorprendiéndonos con la fuerza de los personajes, la eficacia de la caracterización, el poder evocativo y descriptivo de la prosa y, sobre todo, la formidable fuerza vital, el inmenso poder creativo que el autor ha desplegado en su elaboración.

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con Stendhal o Dostoyewsky, por ejemplo, no basta con leer dos o tres novelas de Galdós para advertir el valor de su obra. Galdós es una totalidad. Adquiere importancia cuando podemos percibir el extraordinario impulso creativo que ésta implica. Es imposible encerrarlo en uno o dos títulos capitales. No es un novelista de situaciones, de conflictos "claves"; ya lo hemos dicho: es un mundo. Como acertadamente resume Max Aub, en el prólogo de esta edición, Galdós no intenta poner en relación al lector con un tipo especial de personajes o de situaciones, se limita a crear. Es un narrador objetivo, al que le basta con lograr que sus caracteres *existan*.

Desde este punto de vista la presente edición de *Doña Perfecta* debe ejercer fundamentalmente la función de una invitación, un punto de arranque, de partida, para sumergirse en la lectura de la obra del novelista.

Creemos que la indudable fuerza de esta narración, en la que el autor ha sabido retratar con admirable justeza no sólo a un grupo de personajes, interesantes en sí mismos, sino a todo un tipo determinado de sistema social, hasta llevar la trama a un final trágico y violento, amargo y terrible, permitirá que esta función se cumpla.

J. G. P.

MILLAR BURROWS, *Los rollos del Mar Muerto*. Sección de Obras de Historia. Fondo de Cultura Económica. México, 1958. 442 pp.

"Dar una idea cabal y definitiva de lo que son los rollos del Mar Muerto, explicar por qué han provocado tanta conmoción, y señalar el grado de su importancia", es la difícil tarea que el autor lleva al cabo en este libro.

Millar Burrows era director de la Escuela Norteamericana de Investigación Oriental en Jerusalén, por los revueltos días en que los rollos fueron vendidos por los beduinos que los habían hallado en una de las cuevas de la desolada región de Qumran, a orillas del Mar Muerto. Y fue en esa institución, hace aproximadamente once años, donde se enfrentó por primera vez a los problemas que plantean los viejos pergaminos escritos en hebreo arcaico.

Burrows trata el tema sin perderse en la erudición árida ni recurrir al sensacionalismo trivial. Fiel a su plan de exponer cuestiones graves en estilo ameno, su trabajo no está dirigido a los especialistas, aunque se basa en las más rigurosas comprobaciones de la arqueología y la paleo-

grafía. Y así muestra cómo la ciencia puso fin a "la guerra de los rollos", por lo menos en lo que a su edad se refiere, aclarando que datan aproximadamente del primer siglo antes de Cristo.

Juzgando objetivamente sobre el asunto, Millar Burrows asienta que estos documentos nos permitirán un mejor conocimiento del judaísmo precristiano, y que todo lo que es importante para el judaísmo, lo es también para el cristianismo. Por lo tanto "al enriquecer nuestro conocimiento del judaísmo durante el período en que el cristianismo surgió, los rollos del Mar Muerto nos han proporcionado un material que nos permite conocer mejor el Nuevo Testamento y el cristianismo primitivo". En esto consiste su importancia real. Pero en cuanto al supuesto peligro que puedan correr los fundamentos de la fe cristiana, categóricamente lo descarta. Pues si es verdad que hay en los Evangelios ideas y expresiones que se han encontrado, casi textualmente, en los libros doctrinarios que figuran en los rollos del Mar Muerto, esto no quiere decir, acaso, sino que el cristianismo nació en el seno de la comunidad judía por el tiempo en que la secta esenia, a la que probablemente pertenecieron los famosos documentos, florecía en el seno de la misma comunidad.

A. B. N.

LEOPOLDO ZEA, *América en la historia*. Fondo de Cultura Económica. (Publicaciones de Dianoia). México, 1957. 278 pp.

En rigor, este libro constituye la coronación de las reflexiones de Zea —*Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica* (1949) y *América como conciencia* (1953)— sobre América y su historia. Pero el tema del libro es más ambicioso que el de aquéllos: Zea, en esta nueva obra, no se limita a preguntar por el *sentido* de la historia de América en cuanto tal, por el *ser* y por la *conciencia* del hombre americano, sino que intenta ver esta misma historia y este mismo hombre en relación con la historia, sin más. En otros términos, por primera vez en forma sistemática y dejando a un lado el punto de vista de una América desde dentro, Zea se plantea el problema de la historia de América como parte de la historia universal. América como algo original, sí, pero no como algo aislado sino en su engrace con la historia de los otros continentes. No se trata de la historia particular de América sino de este continente en la historia general.

¿En qué consiste esa *historia universal*? La historia es una invención occidental, responde Zea. En efecto, por *historia* se entiende en nuestros días la historia de los pueblos de Europa occidental, quienes por su capacidad de expansión, por su imponer formas sociales, políticas, económicas e ideológicas al resto del mundo, han hecho y hacen historia *universal*.

La afirmación del occidente en la historia, sin embargo, ha sido posible porque al mismo tiempo lleva implícita una negación: la de los pueblos no occidentales. En otros términos: la expansión, el brillo, la *universalidad* de Occidente tiene como fundamento, como punto de apoyo, la desaparición del campo de la historia de los pueblos no occidentales: los pueblos de Asia, África e Iberoamérica. El



dominio de los pueblos de Occidente se finca sobre la servidumbre de los pueblos marginales. Zea nos recuerda la dialéctica del amo y del esclavo de Hegel.

La problemática del libro está planteada en los términos anteriores. Ahora bien, ¿por qué caminos *nuestra* historia nos ha conducido fuera de la historia *universal*? Zea nos dice: Iberoamérica está constituida por valores —aquéllos de la tradición hispana— que han sido excluidos de la cultura y de la civilización modernas de Occidente. España misma, en la actualidad, no participa en la historia del moderno Occidente. Son dos mundos en radical oposición; sin embargo, uno de ellos es ya el triunfador, quien hace "historia universal"; el otro, que pertenece al pasado, es un mundo al margen de la historia de nuestro tiempo.

En opinión de Zea, la oportunidad única que tiene Iberoamérica de integrarse a la historia de Occidente se ofrece así: una Iberoamérica que sea ella misma original, que conservando lo más valioso de su tradición sepa adaptarlo a las exigencias de la modernidad. Formar parte de la historia, pero desde y con nuestras particulares circunstancias; solucionar con un sentido moderno nuestros problemas, pero sin olvidarnos del pasado. Nuestro puesto en la historia está asegurado cuando tal cosa sea una realidad. Es más, la cultura occidental se verá grandemente enriquecida con una nueva aportación: la humanidad de América Ibero.

La multitud de ideas que hay en este libro —el valor que tienen para cualquier americano— garantizan el interés de su lectura. No obstante, me atrevo a afirmar que los análisis de Zea "planean", por así decirlo, sobre una realidad histórica que no se agota como "historia de las ideas". En otras palabras, el libro de Zea parece invitar a que se le integre con un estudio de la estructura real histórica que supone, pero que deja sin tocar. Quiero decir que para conocer la historia de América, su significado, su evolución, sus tendencias, es preciso —absolutamente fundamental— elaborar al lado de la "historia de las ideas" de América la "historia real" de América.

V. F. O.

JOSÉ FERRATER MORA, *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana (Cuarta edición), 1958, 1481 pp.

He aquí una obra en cuyas densas páginas no es posible hallar una sola que no haya exigido una pareja tensión de lucidez, de rigurosa precisión y de síntesis. Se trata de la cuarta edición de un diccionario filosófico que ha estado siendo reelaborado desde 1941.

Los prólogos sucesivos del diccionario escritos, el primero, en La Habana, en 1941; el segundo, en Santiago de Chile, en 1944; el tercero, en Bryn Mawr, Pennsylvania, en 1950; y el cuarto, en París, en 1958, transparentan lacónicamente un afán de superación, por un lado, y testimonian el desarrollo de una conciencia autocrítica, por otro.

Esta obra de José Ferrater Mora ha sido —y ha de seguir siendo en futuras ediciones— una empresa individual, personalísima, de la que él es responsable único y para cuya realización ha tenido que consagrar una extraordinaria capacidad de esfuerzo de trabajo.

Entre la tercera y la cuarta edición hay unas diferencias que el autor llama simplemente "novedades": 762 artículos nuevos; 239 artículos reescritos y 189 artículos ampliados. Y hay que mencionar la bibliografía en varios idiomas que Ferrater ha puesto al día, la revisión del sistema de llamadas de conceptos, el Cuadro sinóptico —bien hecho— Y la Tabla cronológica que, dividida por siglos, comienza con el griego Tales y termina con el argentino R. Frondizi.

Abrase el *Diccionario de Filosofía* en la página 349 y hojéese hasta la 353: son las dedicadas al artículo "Diagramas", con casi cuarenta ilustraciones que —dicho sea de pasada— el mismo Ferrater trazó originalmente valiéndose de *dimes* y *quarters* norteamericanos. Y léase atentamente lo que ha escrito nuestro autor sobre la historia y sentido de estas figuraciones desde Porfirio hasta la fecha; se advertirá la vastedad del saber vaciado en esas páginas indicadas aquí al azar, así como la claridad de la exposición y la riqueza de referencias bibliográficas.

¿Como se las ha arreglado Ferrater Mora para llevar al cabo él solo una obra como el *Diccionario de Filosofía* al par que iba escribiendo otros libros e infinitos artículos y dando cursos y conferencias a lo largo de casi toda la extensión del Hemisferio? ¿Cómo ha podido sintetizar tan adecuadamente lo sintetizado y evitar tan discretamente lo evitado?

En sus "Advertencias" dice Ferrater: "Salvo en los casos en los que bajo la apariencia de rigor se hubiese caído en pedantería, se ha tenido en cuenta la distinción entre el uso y la mención de los signos." (Pág. 13) Pero no hay que entender esta salvedad literalmente: es sólo una expresión del horror a la pedantería que ha presidido la composición de esta obra. Y el diccionario da amplia evidencia de que se ha evitado ese vicio no insólito entre filósofos.

Entre las páginas 717 y 719 Ferrater presenta una síntesis muy clara de su propia doctrina filosófica bajo el título de "Integracionismo".

Pensada y escrita en varios países del Nuevo Mundo, la obra de Ferrater abunda en artículos sobre pensadores anglo e iberoamericanos. El *diccionario*, por lo demás, no se circunscribe a lo marcadamente occidental sino que está enriquecido con precisiones sobre el pensamiento de Oriente.

Esta obra de Ferrater Mora constituye la aportación hispánica a la lexicografía filosófica universal de este siglo, aportación que entre todas la de su género, ocupa muy honroso puesto.

H. R.-A